

en mí los ojos; y siendo yo el más miserable de todos, tenía á los otros por cuitados; basta lo que ha pecado hasta aquí mi lengua; ya determino enmendarme. Ves aquí también que quien esto hiciere, ofrece á Dios su deseo y afecto. Si alguno echa de ver que es cruel, prometa á Dios tener compasión. Si es soberbio, prometa humildad. Si es amigo de beber, prometa sobriedad. Si agraviare al anciano, pídale perdón; y si él le agraviare, perdónele sin que se lo pida. Si esto hiciéredes, ofrecéis á Dios un voto muy agradable, y como remuneráis á Cristo». Esto es de San Agustín; en las cuales palabras nos enseña que al amor de Dios han de acompañar santas obras; que no basta el afecto devoto, sino el propósito eficaz y el conato de tener siempre más pureza de vida, más santidad en las obras. No debe hacer menos quien sirve á un Dios tan puro, quien imita á un Dios tan santo, quien ama á un Dios tan puro, santo, perfecto, inmenso, eterno, sabio, justo, bueno, omnipotente y hermoso.

CAPÍTULO XI

El gran deseo que hemos de tener de ver á Dios por ser tan Hermoso.

I

La prueba del amor dijo un filósofo que eran los deseos; y así los Santos que verdaderamente amaron á Dios, desearon también con grandes ansias verle; porque la misma grandeza de su infinita Hermosura, que les obligó á amarle, esa misma les insta y estimula para que deseen gozarle y poseerle, acabando de ver cómo es, descubierta y claramente, sin velo ni cortina alguna, lo que aun encubierto admiran. Estos deseos de ver á Dios son tan debidos, que entre los derechos de justicia que tiene el Cria-

dor para con las criaturas, puso Santa Brígida el deberle que le deseemos: «Justicia es, dice¹, que sea deseado sobre todas las cosas que se pueden desear y que se han de desear». La Esposa santa, después de haber hecho una recapitulación de todas las hermosuras de su Esposo, concluye diciendo que es «todo para desear». San Jerónimo traslada: «Todo es de codicia». El Hebreo lee: «Todo Él es deseos». Como si dijera: es tan hermoso Dios, que no sólo es amable, y deseable, ni sólo se le debe un deseo, sino los deseos de cuantas cosas deseables hay, porque no hay en Él cosa que no sea para desear y apetecer, y encierra fuera de eso en sí cuantas cosas apetecibles hay. Por lo cual leyó Vatablo: «Tanto cuanto es son cosas apetecibles». Viene bien esto con el discurso que acababa de hacer la Esposa de las principales perfecciones divinas con que daba las señas de su Amado, hallando en cada una mil razones porque ha de ser deseado: «Mi Amado, dice, es blanco y colorado, escogido entre mil»; blanco es por la pureza de su santidad, colorado por el incendio de su caridad, escogido por la singularidad de su infinito Sér, en que sobrepuja á la perfección de todas las cosas criadas y por criar. «Su cabeza es oro bonísimo, sus cabellos como los cogollos de las palmas, negros como un cuervo»; porque su sabiduría es más preciosa que el oro, sus pensamientos más altos que las cumbres más subidas, pero oscuros á nosotros por los arcanos, misterios y secretos de su providencia. «Sus ojos son como de palomas lavadas con leche sobre los arroyos de las aguas», por la pureza de su intención, pues mira siempre por nuestro bien, sin tener respeto á interés ni provecho propio. «Sus mejillas como los cuadros sembrados de aromas», por la fecundidad suavísima de sus afectos, que se suelen descu-

¹ S. Brígida, lib. 8, c. 48.

brir en el semblante y mejillas, principalmente el enojo y compasión, y así significan las mejillas la justicia y misericordia de Dios, que están sembradas en todas sus obras, y el mundo está lleno dellas. «Sus labios como azucenas que destilan la mirra primera», por la veracidad divina, porque es Dios de infinita verdad, y la verdad de suyo es más hermosa y suave que la azucena, aunque amarga á los malos más que la mirra. «Sus manos son de oro, hechas al torno, llenas de jacintos», por su gran omnipotencia para hacer lo que quiere, y su liberalidad para dar cuanto quiere, pues sus riquezas son sobre el oro y todas las piedras preciosas. «Su vientre es de marfil distinto con zafiros», por su inmensa bondad y la constancia de sus amorosas entrañas para hacernos bien y enriquecernos de sus celestiales dones. «Sus muslos como columnas de mármol fundadas sobre basas de oro», por su divina inmutabilidad é inmensidad, que es el fundamento de todas las cosas. «Su aspecto ó estatura, como el Líbano escogido, como de cedro», por la alteza de su perfección, que no tiene término ni límite. «Su cuello ó garganta suavísima», por su gran afabilidad, blando, amoroso y dulcísimo trato. Por cada una destas gracias y cada uno destes atributos merece ser amado, deseado y buscado. Todo Dios es deseable, todo de codicia, todo deseos, porque todos los deseos debemos emplear en Él. Por su santidad merece ser amado, por su caridad merece ser deseado, por su sabiduría merece ser estimado, por su providencia merece ser obedecido, por su buena voluntad merece ser querido, por su justicia merece ser temido, por su misericordia merece ser alabado, por su verdad merece ser creído, por su omnipotencia merece ser respetado, por su liberalidad merece ser servido, por su bondad merece ser apetecido, por su inmensidad merece ser admirado, por su inmutabilidad

merece ser buscado, por su alteza merece ser adorado, por su afabilidad merece ser tratado. Por todas estas perfecciones y cada una dellas merece ser deseado, porque todo es para desear. Los antiguos Padres se estaban deshaciendo en deseos porque viniese el Hijo de Dios á hacerse Hombre sólo por ser este medio para llegar á ver su divinidad; por eso le llamaban el deseado de las gentes ¹, el deseo de los collados eternos ². ¡Cuán digna de desear será la gloria de su divinidad!

II

Los Santos que hicieron algún concepto de su Hermosura divina, se deshacían en ansias y deseos de verlo, y así canta el Salmista ³: Deséate mi alma, Dios mío, como un ciervo jadeando y abrasándose de calor desea las fuentes de agua. Sed tiene mi alma por ti, Dios fuerte y vivo. ¡Oh, cuándo llegaré y apareceré delante del rostro de Dios! Mis lágrimas de día y de noche me sirvieron de pan, mientras se me dice ⁴: ¿Dónde está tu Dios? San Pablo, abrasándose con el mismo deseo ⁵, confiesa de sí que deseaba deshacerse y estar con Cristo. Las ansias que tenía San Agustín de ver á Dios, bien las declara en sus escritos. En una parte dice ⁶: «Lumbre mía, véote ahora, pero como por espejo y enigma: ¿cuándo te veré cara á cara? ¿Cuándo vendrá el día de regocijo y alegría en el cual entre en el lugar del Tabernáculo admirable hasta la casa de Dios, para que vea al que me ve cara á cara y se satisfaga mi deseo? ¡Oh fuente de vida, oh vena de aguas vivas! ¿cuándo llegaré á las aguas de tu dulzura? fuente de vida, hártame; sediento estoy, Señor; tengo gran sed

1 Gen., 41.

2 Agæi., 1.

3 Psal. 41,

4 Psal. 62.

5 Philip., I.

6 S. August., in soliloq.

de Dios vivo. ¿Piensas que veré aquel día, aquel día que hizo el Señor para que nos alegremos y regocijemos en él! ¡Oh día clarísimo y hermoso en que oiré la voz del regocijo, en que oiga: Entra en el goce de tu Señor, fuera del cual no hay gozo! ¿Cuándo entraré en ti para ver á mi Señor, que habita en ti? Iré y veré esta gran visión. ¿Qué es lo que me detiene? Ay de mí, que se me ha alargado mi destierro! ¡Ay de mí mientras se me dice: ¿Dónde está tu Dios? mientras se me dice: Aguarda y torna á aguardar! y ahora, ¿qué es lo que aguardo? ¿Por ventura no eres tú Señor, Dios mío? La fuerza deste deseo de ver la Hermosura del Criador se puede bien echar de ver por lo que pasó en la fervorosa virgen D.^a Sancha Carrillo, cuando la reveló Nuestro Señor que dentro de un año moriría; porque pareciéndole tiempo muy largo, empezó á llorar con grandes suspiros y gemidos, y exclamando con grande ternura decía ¹: «¡Oh desdichada de mí! ¿qué paciencia me bastará para sufrir un año de tardanza? ¿cómo podré vivir tanto tiempo sin ver al que es mi vida? Hasta ahora entretuve todos mis deseos y ansias, pensando que se me habían de cumplir más presto, esperando que había de ser cada día; pero ahora que sé que se me ha dilatado tanto tiempo, ¿qué consuelo puede tener mi alma, sino es que el Señor y Dios mío, compadeciéndose de mi aflicción y tristeza, abrevie los días de mi destierro? ¡Oh cárcel, oh mazmorra, oh vida, qué largo martirio que me eres! ¡Oh mar de infinitos bienes! ¿cuándo me veré anegada en lo profundo de tus dulcedumbres? ¡Oh, si volase este tiempo! ¡Oh, si las horas corrieran con más prisa, para que llegara luego aquella hora deseada, en la cual, desamparando mi alma este valle de lágrimas, volará al Cielo para que descanse en la sombra de aquel Señor á quien ama!» No es

¹ Roa. lib. 2, *sue vitæ*; vide c. 5. *De Purg.*

de maravillar que se mostrase esta sierva de Dios tan afligida por las muchas ansias que tenía de ver á su Dios, que tanto se le dilataba; pues San Buenaventura dice que la pena que causa este deseo es intolerable cuando se tarda su cumplimiento. Por lo mismo llamó San Basilio á las ansias de ver á Dios ¹, «intolerable aguijón de deseo». No dejó de sentir esto Santa Teresa de Jesús, cuando decía que se estaba muriendo continuamente de que no la mataba el afecto y deseo de ver á Cristo. San Crisóstomo compara el dolor que tienen los Santos de la vista de su Criador á los dolores de parto, y así dice ²: «Ellos estaban como reventando todos los días con dolores de parto, deseando estar libres desta vida y caminar á su patria, y nosotros hacemos lo contrario: aquellos Padres se daban prisa, y San Pablo gemía también por esto».

Muy debido es que deseemos con todos nuestros deseos al que es todo para desear, y hace cierto género de agravio á la Hermosura divina quien no la desea mucho ver: porque parece desprecio no estimar muchísimo lo que es infinitamente precioso; y si se enojó Dios con los de Israel porque no hicieron caso de la tierra prometida, la cual llamó tierra deseable, castigándolos por eso con rigurosas penas, con más razón se puede enojar con los que no desean ver su divinidad, que es toda deseable. No sé dónde está la codicia de los hombres, pues no desean al que es todo tesoro y riquezas infinitas. No sé dónde está el apetito humano, pues no desea al que es todos los gozos y deleites. No sé dónde está nuestra ambición, pues no pretende la corona de gloria y el reino de los Cielos, que se alcanzará con la vista del Criador. No sé dónde está toda curiosidad, pues no desea ver con claridad lo que ahora admira

¹ S. Basil., in Reg., fusi disp.

² S. Chrysost., hom. 24. in epist. ad Heb., c. 4.

en oscuridad y enigma. Todo cuanto hemos dicho de la Hermosura de Dios y sus divinas perfecciones, y cuanto se puede decir, y cuanto se puede concebir y conocer en esta vida, no es más, según el Apóstol San Pablo, que un enigma respecto de lo que es en sí. Esto nos ha de dar ansias de ver declarada tan inmensa Hermosura, en cuya comparación tantas hermosuras, tantas perfecciones, tantos bienes, no es más que una oscura sombra y cifra intrincada; y si por lo que alcanzamos en oscuridad y enigma es Dios tan amable, por lo que es en sí, ¿cuán deseable será, y cuánta insensibilidad será no desearle ver y gozar? ¿y quién se puede tener dichoso sin la posesión de este sumo Bien? San Agustín dice ¹: «El ver á Dios es vista de tanta hermosura, y tan digna de ser apetecida, que sin ella, aunque uno estuviera sobrado de todos los demás bienes, no duda Plotino de decir que es desdichadísimo». Si un gentil juzgó esto, ¿qué deben sentir los cristianos? Si el infiel calificó por desdicha no estar viendo á Dios, el Santo lo tiene por tormento. Y por esto se llamó San Pablo desdichado hombre.

III

Por cierto que es muy justo lo que afirman algunos Doctores, que en el purgatorio se ha de pagar la negligencia de no haber tenido en esta vida deseos de ver á Dios. Añaden que algunas ánimas que no tienen que purgar por pecados graves, están detenidas de entrar en el Cielo, padeciendo esta gran pena que es de daño, y también de sentido, por el dolor que de allí resulta por no ver á su Dios; porque es pena tan grande, que hablando della un Doctor, exclama ²: «¡Oh daño inexplicable, y á los mismos

¹ S. August., 1. 10, *De civit Dei*, c. 16.

² Elías á Sancta

Teresia, lib. 1, cap. 17, n. 10.

espíritus intolerable! Con mucha verdad se llama esta pena de daño, pues no sólo trae todos los momentos un dolor inmenso, sino también daño. El daño es tal, que no se puede estimar con cuantas cosas hay criadas en el universo, ni se igualará la pérdida de todas con él, porque es muy cierto axioma entre los filósofos que de lo finito á lo infinito no hay proporción; porque así como ver y gozar de Dios por un instante no tiene comparación con la posesión y señorío de todo el mundo y cuantas criaturas en él hay, así también el daño de estar uno privado de Dios por un sólo momento es tan grande, que se puede comparar con la privación de todas las criaturas y pérdida de todo el mundo; de lo cual se sigue que hemos de hacer menos caso de toda la pérdida del mundo, que de carecer por un momento de la vista de Dios. Según esto, entienden algunos aquella sentencia de Jesucristo: ¿qué le aprovecha al hombre ganar á todo el universo mundo, si padece detrimento de su alma? esto es: ¿qué le aprovechará adquirir todo el mundo, si por un sólo momento viene á tener dilación de su salvación? Un daño tanto es más grande, cuanto quita más de bienes; porque la pena de mil ducados, mayor es que la de ciento; y la de diez mil, mayor que la de mil; y la de un millón, que la de diez mil; y más que todas estas la de un cuento de millones y de todos los tesoros del mundo: ¿pues cuál será la pena de la privación de Dios, aunque sea por poco tiempo, pues en él sólo se priva de un bien, que es todos los bienes y hermosuras? Priva de todo lo que se ha de ver allí, y allí, como dice San Agustín ¹, «hemos de ver una vista cual ni los ojos vieron, ni el oído percibió, ni vino en corazón de hombre. Una vista excelentísima, que sobrepuje á todas las hermosuras de la tierra, del oro, plata, selvas y campos, la hermosura del mar y del aire, la

¹ S. August., tract. 4, in Epist. S. Joan.

hermosura del sol y la luna, la hermosura de las estrellas, la hermosura de los ángeles, aventajándose á todas las cosas, porque por Dios son hermosas todas».

Por esto con mucha razón el carecer, aunque sea por breve tiempo, de la posesión y vista del sumo Bien, lo sienten las almas por grande mal, tanto mayor, cuanto más conocen de Dios, libres ya de la ignorancia desta vida; con lo cual va con más ímpetu su deseo buscando á su centro, y las mismas almas que en esta vida no se movían á desear la vista divina, desembarazadas ya de la carga del cuerpo anhelan con todas las fuerzas de su voluntad y afectos por gozar y ver á su Criador. Porque así como un halcón cuando está con su capirote, aunque vuele junto á él la caza, se está sosegado y quieto, porque no la echa de ver; pero si le descubren, quitado el capirote, cuando ya tiene libre la vista, y ve (aunque sea bien de lejos) una garza, luego se arroja tras ella, sin reparar, que está preso, y forceja por volar tras ella, aunque sea tronchándose los piés, ó llevando tras sí el brazo del cazador, así también el alma, mientras está cubierta con el velo de su carne, no se afana por ir tras su Criador, por lo poco que dél conoce; mas en teniendo libre su vista intelectual, sin el impedimento del cuerpo, anhela con todas sus fuerzas por volar á su Dios; y el estar detenida lo tiene por un tormento intolerable, y es tan grande, que muchos juzgan no hay otro mayor. El venerable Enrique Susón introduce á los del purgatorio, que están diciendo ¹: «El menor tormento deste lugar es más cruel que los dolores que mártir alguno ha padecido en el mundo; y una hora aquí parece más larga que cien años en la tierra. ¡Ay! ¡ay! que somos aquí asados, damos voces, y pedimos ayuda. Pero lo que mayor dolor nos causa es, que

¹ Henric. Susón, Dialog., c. 21

somos detenidos tanto tiempo, careciendo de la dulcísima vista del rostro divino; esto apremia á nuestra alma, corazón y sentido con un peso intolerable». Bastantemente se declara con esto el gran dolor que causa no ver desde luego al sumo Bien, que es todo para desear; y la misma razón lo dice, porque, como nota San Gregorio ¹, «todo deseo se convierte en pena, si no se cumple luego lo que se apetece, pues no sabe ser paciente el deseo, porque está escrito: La misma celeridad es espaciosa á la codicia, y al ánimo que desea, nada se le hace aprisa. Y así, como dijese el Profeta: «Delante de ti está todo mi deseo», luego añade: «Y mi gemido no se te ha escondido». Son compañeros el deseo diferido y el dolor aumentado; y al paso que desea uno, á ese paso padece. Pues como Dios sea sumamente deseable, quien le desea como debe, no puede dejar de padecer mucho tardándose en gozarle: y es justa pena que quien faltó en vida en estimar y desear cosa tan digna de estimación y de deseos, pague en la otra su descuido ó menosprecio, con la pena que se sigue al deseo de lo que no quiso desear.

IV

El cardenal Belarmino, tratando del purgatorio ², no tiene por improbable que fuera de los lugares ordinarios donde padecen las ánimas, hay otro en el cual no tengan otra pena sino la de daño, en carecer de la visión Beatífica. Lo cual sintieron San Gregorio, el Venerable Beda y otros autores, y sería más probable si se entiende, no de la pena de daño puro, sino de la pena del daño acompañada con el sentimiento y dolor grande que nace del conocimiento del mismo daño; la cual pena no tanto se ha de decir sa-

¹ S. Gregor., in Psal. 37. ² Bellarm., 1. 2, *De Purg.*, c. 7.

tisfacción, cuanto satisfacción, en cuanto Dios ordena aquella dilación para que tengan aquel dolor, la cual dilación no la causan las almas, ni la toman por su elección y gusto; y el tormento que della resulta padecen con proporción á su negligencia y tibieza. Esto se puede confirmar con muchas revelaciones; y dejando las que traen San Gregorio, Beda y Dionisio Cartusiano, testifica Blosio ¹ que reveló la Virgen Santísima á Santa Brígida, que el ánima de un ermitaño muy perfecto se había detenido, no entrando luego en el Cielo, porque no había tenido en su muerte perfecto deseo de llegar á ver á su Criador, y por esta causa se detuvo en el purgatorio de deseos, adonde dijo no había otra pena, sino el deseo sólo de llegar á Dios; pero esto ya es pena y dolor muy grande, no solamente daño.

CAPÍTULO XII

El amor que mostraron algunos Santos tener á Dios por su infinita Perfección y Hermosura.

La grandeza del amor que debemos tener á un Dios tan infinitamente Hermoso y tan infinitas veces Perfecto y Perfectísimo, debía ser con un afecto infinitamente ardiente y fervoroso, y más que infinitas veces grande. Pero ya que la flaqueza de nuestra naturaleza no es capaz desta infinidad, diremos algo de lo mucho á que levantó la gracia á algunos Santos, para que en ellos, como dechado, procuremos tomar alguna forma del fervor con que puede amar á su Criador la criatura, ayudada de su gracia. Oyó un día San Agustín una voz del Cielo, en que le preguntaba Cristo Nuestro Señor: «Agustín, ¿tienes amor?» Respondió: «Tú sabes, Señor, que yo te quiero». «Pues dime, siervo mío, ¿qué tanto me amas?» Respondió el Santo: «Señor, si

¹ Blos., c. 13, *Monil. Spir.*

todos los huesos de mi cuerpo fuesen candeleros de oro, y toda la sangre de mis venas fuese preciosísimo bálsamo, todo lo gastara y encendiera delante de ti en sacrificio de alabanza y reconocimiento». Tornó á replicarle la voz: «Dime, ¿hicieras más que eso?» «Señor (dice), si todas las venas de mi cuerpo fueran vendas y lazos de oro, con todas ellas te atara á mi corazón, y me enlazara contigo, para nunca poder apartarme de ti». «Agustín (le dice el Señor), poco es ese amor; más es lo que me debes, y mayor amor quiero de ti». «¡Oh Rey de gloria! (dijo entonces) si fuera acaso posible que trocáramos sér, y que tú fueras Agustino y yo fuera Dios, como tú ahora lo eres, yo dejara de ser Dios y me volviera Agustino, para que ¡Dios mío! fueras lo que eres ahora». «Ese sí (dice) es verdadero amor» ¹. Pregunta semejante hizo el mismo Señor á una doncella sierva suya, y no una, sino muchas veces se lo tornó á preguntar, pidiendo siempre más amor, y ella siempre aumentaba las respuestas con significación de su mayor afecto, hasta que se le partió de amor el corazón por medio en el pecho. Es mucho de reparar en tantas pregun-

¹ Á no pocos teólogos han parecido excesivos en demasía estos encarecimientos del amor de Dios. Porque sobre ser absurdo el suponer que en una criatura que dista infinitamente de la naturaleza divina, y que, por tanto, no tiene con ella ningún linaje de proporción, pueda ser ó considerarse como Dios, aun en este supuesto habríamos de convenir en que la tal criatura, conociéndose perfectamente á sí misma y hallando en sí una bondad infinita, había de amarse necesariamente sobre todas las cosas, sin que pudiese amar á otro que no fuese ella misma, ó por amor de ella misma. En este caso, tampoco podría comunicar ó conmutar con otro su Divinidad, que es de suyo inconmutable é incommunicable extrínsecamente. En verdad, ni en las obras de San Agustín, ni en ninguno de sus primeros historiadores, se encuentran tales palabras ó encarecimientos del amor divino, como tampoco nada que haya podido prestarles fundamento. Los autores que las citan, aunque algunos de ellos muy respetables, son muy posteriores á la época en que vivió el Santo Obispo de Hipona.—(Nota del editor.)

tas de si le aman, como hace el Señor á sus siervos. Y estando en este mundo Cristo, también preguntó á San Pedro tres veces, una tras otra, si le amaba. La causa es por lo mucho que se huelga le amemos, saboreándose en oírlo de nuestra boca, y provocándonos á mayores finezas y más encendidos afectos. También se escribe que el incendio de amor de Dios con que ardía el corazón de San Felipe Neri le hizo que no le cupiese en el pecho, y así le tuvo toda su vida levantado.

Cuando hablaban de Dios delante del Beato Luis Gonzaga, se enternecía de manera que en el mismo semblante lo mostraba; y esto en todo lugar y en todo tiempo. Una vez, estando comiendo en el refitorio, oyendo leer unas sentencias del amor divino, se sintió encender súbitamente como un fuego, que no pudo pasar adelante con la comida, hinchado el pecho, el rostro como una llama, y los ojos derramando lágrimas. Del Beato Estanislao Kostka se cuenta en su vida que eran tan grandes las consolaciones y gustos espirituales que el Señor infundía en aquella bendita alma, y el fuego de amor divino con que la abrasaba era tan encendido y fervoroso, que algunas veces venía á desmayarse y desfallecer, y era necesario con lienzos mojados y agua fresca, refrescarle el pecho, por el gran fuego que sentía en él.

Sobre todo esto fué lo que sucedió á Santa Catalina de Sena ¹, que de puro amor á Dios enfermó y dió consigo en una cama, sin serle posible levantarse della. Á esta sazón pedía con encendidísimos deseos al Señor que la sacase desta vida; pero como entendiase que no era su santísima voluntad hacerle por entonces esta merced, le suplicó que se dignase concederle otra; conviene á saber: que la hiciese participante de los dolores que su Majestad había pade-

¹ Sur. 29 April., in vita S. Cather.

cido el tiempo que vivió entre los hombres. Otorgóla el Señor esta gracia, y la afligió gravísimamente, como suele á sus muy regalados hijos; y como al paso que iban creciendo las aflicciones y dolores del cuerpo y corazón, al mismo, y mucho más se aumentase el amor de su dulce Esposo Jesús, subió éste á tan súbito punto, que no pudiendo sufrir la flaqueza humana la vehemencia de tanto amor, reventó de alto á bajo el corazón de la virgen, y se le acabó la vida, y estuvo cuatro horas muerta. En este tiempo la enseñaron los gozos de que gozan los bienaventurados en la gloria, y las penas á que por sus pecados están condenados los pecadores en el purgatorio é infierno, las cuales dijo después eran tan intolerables, que si los hombres las viesan, escogerían primero la muerte muchas veces que padecer la menor parte dellas por un día. Pasadas las cuatro horas, quiso el Señor que volviese á esta vida mortal, para que por una parte avisase á los hombres de su peligro, y por otra los ayudase á escaparse dél. Recibió la Santa tal pena de verse privada de aquellos tan soberanos y divinos gozos, y otra vez rodeada de tantas miserias, que gastó tres días con sus noches en un continuo llanto.

Del amor divino de San Ignacio, nuestro Padre, no parece se puede decir más, sino que ocho días enteros le tuvo como muerto. Dél dijeron los comisarios apostólicos de Gregorio XV que encendió en su corazón tan pura caridad para con Dios, y la conservó siempre, que desterró totalmente de sí su propio amor. Dijo una vez que, si le dieran á escoger, quería más vivir con incertidumbre de su bienaventuranza y servir entre tanto á Dios, antes que morir con certeza de su gloria, y que juzgaba que le sería más dificultoso y de mayor tormento oír blasfemar contra el nombre de Dios, que padecer las penas del infierno, si Dios le enviara allá. Finalmente, se abrasaba en tan ex-

cesivo amor de Dios, que todo el día le estaba deseando, y no pensaba, ni hablaba, ni codiciaba otra cosa sino agradarle y cumplir su voluntad. Todo entero se entregaba á Él; á Él sólo se había determinado de seguir, aunque por eso se quedase sin el Cielo y la tierra. Todo su pensar, su hablar, su obrar, refería á Dios, como á su fin, y lo consagraba á su Majestad, y su gloria, y honra, y en su boca traía siempre como por divisa propia: «Á mayor gloria de Dios». De aquí le nacía aquel gran gozo de espíritu de que este siervo de Dios estaba lleno, aquella serenidad que siempre mostraba en el rostro, aquella paz interior de su alma.

Últimamente, para consuelo de todos, quiero decir lo que sucedió al santo Fr. Gil ¹, el cual dijo una vez á San Buenaventura, que era Ministro general de la Orden de San Francisco: «Muchas gracias os dió el Señor á vosotros los letrados con que le podáis servir y alabar; mas nosotros, ignorantes é idiotas, que ninguna suficiencia tenemos, ¿qué podemos hacer para agradar á Dios?» Respondió San Buenaventura: «Si Nuestro Señor no diera otra gracia al hombre sino que le pudiese amar, bastara esa para que le hiciera mayores servicios que por todas las otras juntas». Dijo el santo Fr. Gil: «¿Y puede un idiota amar tanto á Dios Nuestro Señor como un letrado?» «Puede (dijo San Buenaventura) una vejezuela simple amar más á Nuestro Señor que un maestro de Teología». Levantóse luego el santo Fr. Gil con mucho fervor, y fuese á la huerta, á la parte que caía hacia la ciudad, y con muy grandes voces decía: «Vejezuela pobre, idiota y simple, ama á tu Señor y Redentor Jesucristo, y podrás ser mayor que Fr. Buenaventura»; y quedó arrobado en éxtasis como solía, sin moverse de aquel lugar por tres horas. Consolé-

¹ Chron. Minor., l. p., lib. 7, c. 14.

monos con que podemos amar á Dios, aunque nos falte todo. Sin grandes especulaciones, sin grande ingenio, con pura voluntad, puede estar con nosotros la caridad de Dios. Alentémonos á amar con fervor á Aquel que no podemos conocer con estudio. Sepamos querer á quien nuestra sabiduría no puede comprender. Todo lo que hicieron por su amor los Santos, es poco respecto de su Hermosura; todo nada comparado con lo que Dios es en sí y es para nosotros; porque ama Dios más á sólo un justo, que cuantos justos y Santos hay y habrá en el Cielo y la tierra que aman á Dios. ¿Á quién no pasma que amando tanto los bienaventurados á Dios, y los Santos de la tierra, que á algunos se les partió el corazón de puro amor, otros quedaron sin pulsos ni sentidos, con todo eso ame Dios más á un hombre miserable, que todos los hombres y ángeles aman al mismo Dios? Esto nos ha de obligar mucho para emplear millones de vidas en servir á tan Omnipotente Señor, y ocupar mil corazones en amar tan amable Padre, tan infinita Hermosura.

